



HOTELES EN LA MEMORIA THE SAVOY, LONDRES

Rafael de la Fuente

Recientemente mi mujer y yo fuimos invitados a pasar unos días en la residencia de campo de unos buenos amigos en el sur de Inglaterra. Era un lugar espectacular. Una genuina y muy hermosa casa de piedra en la campiña de Dorset, rodeada de jardines, no lejos del lugar donde vivió Thomas Hardy. El interior de la casa era simplemente perfecto.



Podrías pasar horas admirando los objetos de arte allí presentes. Y sobre todo había algo que solo puede ser definido como la ausencia total de cualquier nota discordante que pudiera entrar en conflicto con un discreto y siempre impecable buen gusto. No en vano estos amigos habían pasado una gran parte de su vida estrechamente vinculados a tres grandes hoteles de Londres. Ella al Savoy. Y él al Dorchester y al Ritz. Yo les llamaba la “Royal Couple”, la Pareja Real. Mi mujer y yo somos muy afortunados de ser sus amigos desde hace muchos, muchos años. Un hotel es tan bueno como aquellas personas que trabajan en él. Se ha dicho miles de veces y es verdad. Nuestra amiga Judith era parte de la historia del Savoy, uno de los más prestigiosos hoteles del mundo. Y por supuesto, el Savoy había sido parte de la historia y de la vida de Judith. Como los legendarios Dorchester y el Ritz lo habían sido de la de su marido.

Todo empezó en 1242 cuando el Rey Enrique III le regaló al conde Pedro de Saboya, tío de su mujer y Reina Consorte, Leonor de Provenza, una importante extensión de terreno junto al río Támesis, no muy lejos de la Torre de Londres, a mitad de camino entre lo que es hoy

Mayfair y la City. Allí construyó el conde un hermoso palacio que rápidamente ganó gran fama entre la realeza y los nobles de la Europa medieval. El palacio fue destruido durante la Revuelta de los Campesinos. En 1509 el Rey Enrique VII dispuso que se construyera en aquel lugar un hospital para los pobres. El hospital se convirtió con el paso del tiempo en un lugar de pesadilla y la Reina Ana ordenó su demolición. Casi un siglo después, en 1881, un joven empresario, Richard D'Oily Carte, el rey del mundo del espectáculo, decidió construir un teatro en aquel lugar.

En honor del primer propietario de aquellos terrenos, aquel conde extranjero, Peter of Savoy, tío de la Reina Leonor, lo llamó el Savoy Theatre. Después de un viaje a Estados Unidos, D'Oyly Carte pensó que no sería mala idea levantar allí también un gran hotel, tan lujoso y espectacular como los que había visto en Nueva York.



En 1884 se empezó a construir aquel gran hotel de siete pisos. Algunos londinenses lo llamaron la octava maravilla del mundo. El hotel ofrecería lo mejor del refinamiento de la época, obras de arte valiosísimas y los últimos adelantos de la técnica moderna. Como aquellos espectaculares ascensores hidráulicos. O la iluminación con electricidad. Y lo que era una innovación sin precedentes. Ni siquiera en América habían visto nada parecido. La mayoría de las habitaciones tendrían un cuarto de baño privado. Además de un sistema de interfono para llamar al “valet de chambre”. Y no se escatimarían recursos para conseguir para el Savoy los mejores profesionales. Los mejores cocineros de Europa fueron contratados para las cocinas del Savoy. Pero la alta sociedad londinense no parecía interesada en el restaurante del Savoy, sin duda, destinado a ser uno de los más bellos y mejor equipados del mundo. Había un problema.

La nobleza y la clase alta británica consideraba que el ir a cenar o a almorzar en un hotel era algo que se podía hacer solamente cuando no hubiera otra alternativa en muchas millas a la redonda. Además no se consideraba de buen tono el invitar socialmente en un lugar público. Desesperado por este problema, D'Oyly Carte encontró la solución, unos meses antes de la inauguración del Savoy, en el verano de 1888, mientras tomaba las aguas en Baden-Baden, en la Selva Negra alemana.



Allí conoció a un joven y atrevido hotelero suizo, César Ritz, lanzado ya a una carrera meteórica que le convertiría en el Rey de los Hoteleros y el Hotelero de los Reyes. Finalmente Ritz aceptó ser el director del Restaurante del Savoy. Cuatro meses después, el 21 de diciembre de 1889, le nombraron director general del hotel. D'Oyly Carte había acertado. El maestro suizo, César Ritz, cambió el mapa social londinense. Empleó dos armas secretas. Poderosísimas ambas. El patronazgo del Príncipe de Gales, el futuro Rey Eduardo VII y el genio del gran Auguste Escoffier, uno de los grandes de la cocina francesa de todos los tiempos, apóstol de la Grande Cuisine por excelencia. De pronto todo el gran mundo deseaba ser visto en el Savoy. Cenando, almorzando, o tomando el té en sus salones o bailando. Porque Ritz sabía que su gran cocina y una de las grandes bodegas de Europa, tendrían un aliado en el que nadie había pensado. La música. Bailar el vals durante la cena fue otro de los inventos irresistibles de Ritz, que llegó a contratar a Johann Strauss para amenizar las “soirées” siempre elegantes del Savoy. La llegada de Eduardo VII al trono británico consagró una Inglaterra menos encorsetada. Y en Londres, la capital del Imperio, todo parecía girar alrededor del Savoy y los otros grandes hoteles. Fueron tiempos dorados, en los que se acuñó aquel nombre de la Bella Época para definirlos. Después vendrían días oscuros y turbulentos.

Dos guerras mundiales. Seguidas ambas por un extraño y desconcertante mundo nuevo. Pero el Savoy siguió sereno en su navegación. Igualmente que tantos personajes del mundo entero, que siempre le fueron fieles, el hotel también se mantuvo fiel a sus principios. Como aquellos pequeños ejemplos. En la Recepción estaba terminante prohibido ofrecer un bolígrafo a un cliente para que firmara en el libro de los huéspedes. Sólo se permitían unas plumas estilográficas fabricadas especialmente para el Savoy. El mítico hotel también tuvo sus momentos complicados. Pero los superó brillantemente. Hoy se adentra en su segundo siglo de vida. Una inversión de más de cien millones de libras de los nuevos propietarios, el grupo Fairmont, les permite afrontar el futuro con una razonable confianza. Aunque para los iniciados la antigua magia pueda en demasiados momentos estar ausente. He tenido grandes amigos que han sido parte de la maravillosa historia del Savoy. Para mí el conocerles ha sido un grato privilegio. Gracias a ellos he podido intentar acercarme al secreto de un gran hotel. Parte de ese secreto lo pude intuir en aquellas tardes en aquella casa de Dorset, tomando una copa de Jerez en aquel jardín encantado. Mientras el viento nos traía el sonido de las campanas de la iglesia normanda que todavía domina aquel pueblo. Pero el intentar describir ese secreto quedaría fuera del espacio de esta brevísima crónica, que ya tiene que intentar lo imposible: encapsular un extremadamente complejo y mágico universo en un par de folios.